

Coppi

Alpe d'Huez, Galibier, Pirineos.
El «campeonísimo» hacia la gloria
en el Tour del 52

MARIO FOSSATI

TRADUCCIÓN DE
PAULA CABALLERO

PRÓLOGO DE ENRICO CURRÒ



Título original:

Coppi

Primera edición: junio 2015

Nueva edición: mayo 2022

© Mario Fossati, 1960

All rights reserved handled by Il Saggiatore S.r.L., Milano 2014

© 2022 de la presente edición: Gallo Nero Ediciones, S. L.

© 2015 de la traducción: Paula Caballero Sánchez

Revisión de la traducción: mayo 2022

© 2010 del diseño de colección: Raúl Fernández

Diseño de cubierta: Gabriel Regueiro

Corrección: Chris Christoffersen

Maquetación: David Anglès

La traducción de este libro se rige por el contrato tipo propuesto por Ace Traductores

ISBN: 978-84-19168-03-0

Impreso en España

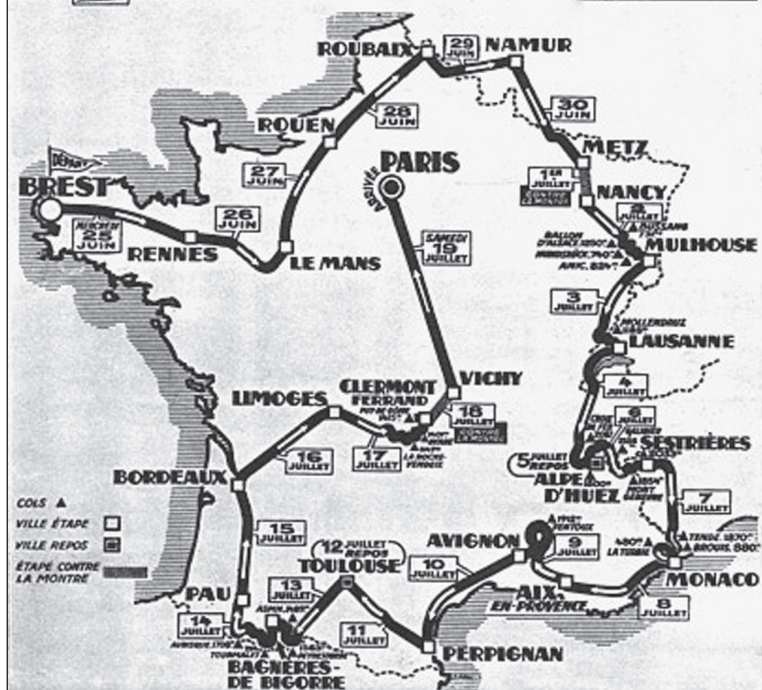
Depósito legal: M-11620-2022

ITINÉRAIRE DU TOUR DE FRANCE 1952

organisé par

L'EQUIPE
MAGAZINE *CLAS*

Le Parisien
REVUE



CARTEL DEL TOUR DE FRANCIA DE 1952

*A Livio Coppi,
que ha vivido en Castellania
los duros inviernos de Fausto.*

En aquella época, el ciclismo se apoyaba sobre dos pilares, el Parque de los Príncipes (cuya pista roja había desaparecido a golpe de zapapico) y el hipódromo Vigorelli. Aquel domingo de mediados de julio, Fausto Coppi, el vencedor, desfilaba ante los parisinos (la multitud anónima del pueblo parisino, escribirá Gaston Bénac).

Fausto parecía hecho de aire. El maillot de seda, el último maillot del Tour, le marcaba las costillas. Tenía las piernas aún brillantes de embrocación. Estaba tenso como un purasangre. Era el dominador del Tour.

La multitud bullía. La superioridad de Coppi y de los italianos —Bartali, Magni, Bresci, Carrea, Corrieri, Crippa, Franchi, Martini, Milano y Pezzi— había sido calificada de *écrasante*. Solo Robic había salvado el honor de los franceses en esa montaña de sal blanca lunar que es el Mont Ventoux. Los demás, mucho más atrás: Ockers segundo, a 28 min 17 s; Ruiz tercero, a 34 min 38 s; Bartali cuarto, a 35 min 25 s, y Robic quinto, a 38 min 25 s.

Los parisinos aplaudían a Coppi como si fuese francés. Lo llamaban por su apodo, Fostò. Sin duda, Coppi era el más francés de los corredores italianos.

Por fin regresamos al hotel los enviados que nos habíamos demorado en las cabinas de entrevistas del Parque, junto a Coppi, Binda, Bartali y los demás tricolores. Las calles de París eran azules y frescas. Respirábamos aún el olor a asfalto del Tour. Teníamos la impresión de que

la buena gente parisina nos reconocía, a nosotros, ¡a los vencedores!

¿Había sido un Tour sufrido? El «preámbulo», muy largo, sí que lo fue. Un preámbulo accidentado.

Pocos días antes del pistoletazo de salida, la participación italiana prácticamente había saltado por los aires. Desde la sede de la Asociación Nacional de Bicicletas, Motocicletas y Accesorios (ANCMA), en la milanesa via Macchi, el presidente de la Federación Ciclista Italiana (FCI), Adriano Rodoni, había emitido el siguiente comunicado: «Al no haberse alcanzado los acuerdos necesarios para un perfecto funcionamiento del equipo italiano en el Tour de Francia de 1952, la Unión Velocipédica Italiana, (UVI) se abstiene de participar oficialmente en la prueba francesa por etapas». Pocas palabras, pero tajantes. Al final de la sesión, rostros impenetrables. Nadie quiso hacer ningún tipo de declaración a la prensa, cuyos representantes llevaban horas esperando. El acuerdo había fracasado. No había nada más que añadir.

Éramos jóvenes cronistas y sentíamos la obligación de hacer un análisis exhaustivo.

Así pues, aquel martes 10 de junio, en via Macchi, en torno a una mesa rectangular se sentaban, a la izquierda, Mariani, Bartali, Rodoni, Magni, Coppi y dos representantes de la ANCMA (que se marcharían antes del comienzo de la reunión) y, a la derecha, Binda, Malinverni, Bina y Cinelli.

Abre la sesión el presidente Rodoni, con una premisa sobre la postura de la UVI acerca de las decisiones

tomadas cara al Tour. Hay que mencionar que la Federación había vacilado mucho antes de pronunciarse a favor de una participación oficial, al querer asegurarse, ante todo, que el equipo designado estuviese en condiciones de representar de la mejor manera posible al gran ciclismo italiano.

—Hoy por hoy —precisa Rodoni—, todo apunta a que habéis alcanzado el esperado acuerdo entre vosotros, máximos representantes de nuestro deporte, y no me queda sino desearos el mayor éxito en tierras francesas. He dicho, sencillamente, lo que tenía que decir. Toca ahora al comisario técnico Binda la tarea de comunicaros el equipo tal como ha estimado formarlo tras las recientes negociaciones.

Entonces, Binda se levanta y lee:

—Este es, a nuestro entender, el equipo oficial italiano en el Tour de Francia de 1952: Coppi, Bartali, Magni, Carrea... Milano. —Y aquí el comisario técnico pronuncia un nombre que provoca una pausa.

Silencio. Rodoni busca los ojos de los corredores. Nadie, excepto Coppi, replica. Coppi replica precisamente por ese nombre. Recuerda a Binda el sacrificio de Crippa en el Giro de Italia, justo en previsión de su compromiso como gregario en el Tour. A Binda lo pilla desprevenido. Rodoni se muestra conciliador y no duda en hacerle un favor a Crippa: de este modo, Coppi tendrá a tres gregarios en el equipo.

—Espero —le dice Rodoni, alentándolo— que estés de acuerdo.

Coppi no está en absoluto de acuerdo. La alegación planteada no es más que un pretexto dialéctico. En realidad, no se siente capaz de afrontar en estos términos la aventura de Francia. Prefiere renunciar, dice, a favor de sus dos colegas: que vayan ellos si se sienten bien respaldados por sus compañeros.

Coppi alarma un poco a todos.

—¿Qué ocurre? —pregunta Rodoni.

—Eso —responde Coppi—, que pienso con preocupación en los reveses del 49 y del 51. No me veo capaz de repetir la prueba. Francamente —dice mirando a Bartali—, tú y yo tenemos maneras de correr diferentes.

Y, para sorpresa de todos, Fausto plantea un dilema: o Coppi o Bartali en el Tour.

Rodoni recuerda a Coppi la clara contradicción de su actitud: es cierto que, en un primer momento, Coppi había declarado que, si hubiese podido ir solo, mejor aún, pero luego no había dudado en afirmar que el acuerdo con Bartali estaba cerrado y que, por tanto, el comisario técnico podía obrar en consecuencia. Ahora, de buenas a primeras, un golpe de efecto. La Federación no podía aceptar el dilema de Coppi.

Bochorno y estupor por igual. Todos miran a Bartali. Gino reacciona expresando su dolorosa sorpresa:

—Es cierto, Fausto. Corremos de manera diferente, como es esperable. Pero yo voy para ayudarte. No tengo propósitos belicosos. No tengo intención de hacerte la vida imposible. He prometido que iba a colaborar y colaboraré.

Bartali se muestra conciliador, pero Coppi se mantiene en sus trece.

Bartali, tras el rechazo de su propuesta por parte de Coppi, se levanta decepcionado y extiende los brazos.

—No tengo más que decir —concluye.

Rodoni rompe el silencio. Apoya la mano en la espalda de Gino y lo empuja a quedarse. Entonces, Rodoni invita a Magni a mediar entre los dos. Magni, muy tranquilo, no toma ninguna decisión. Está dispuesto a correr en el Tour con Coppi y con Bartali. Las intervenciones de Binda, Malinverni y Cinelli son infructuosas. Coppi no cede un ápice. Se declara dispuesto a renunciar a favor de Bartali. Mantiene, al fin y al cabo, el dilema.

—Que decida la UVI.

Rodoni, que tiene las ideas muy claras, se levanta y, con cara lúgubre y voz seca, manifiesta:

—En nombre del comité directivo de la Unión Velocipédica Italiana, renuncio al envío de un equipo nacional oficial al Tour de Francia. Las exigencias de Coppi no son razonables.

»La UVI no tendría manera humana de justificar ante los deportistas italianos la exclusión de Coppi, *maglia rosa* en el último Giro de Italia, así como no podría renunciar a priori a la aportación de Bartali, que aún tiene grandes posibilidades agónicas.

»Pues bien, durante un tiempo, la UVI ha declarado que no enviaría a Francia a un equipo que no representara de la mejor manera posible a nuestro ciclismo. La hipótesis

menos deseada se está dando: dado que los mejores no han llegado a un acuerdo, nos abstenemos de dar carácter oficial a cualquier equipo. Se levanta la sesión.

O el mejor equipo o ningún equipo. La Federación no podía faltar a sus propias decisiones. Rodoni deseaba, de todas maneras, el mejor de los éxitos técnico-agónicos al Tour.

—Si los corredores italianos, contratados directamente por los organizadores, saben brillar como siempre, me sentiré más que satisfecho.

La Gazzetta dello Sport era la casa del señor del ciclismo.

Era un ir y venir de gente. La presidía Gianni Brera y la dirigía Giuseppe Ambrosini. Los redactores y los enviados de *L'Équipe* nos apartaban para hacer misteriosas negociaciones.

Nuestro compañero Van Laethem, que, tras sobrevivir al Giro de Italia, se había quedado en Milán para informar sobre el *équipe italienne* al director Goddet, retenía por la chaqueta a Giardini y a Bollini. Goddet estaba impaciente. Quería que Van Laethem iniciara las negociaciones para formar un equipo italiano a las órdenes de Coppi.

¿Y los tres Grandes?

Gianni Brera me mandó al velódromo de Vigorelli (donde, por la noche, se celebraba un encuentro) para tomar el pulso a la situación.

Coppi no dijo mucho más:

—Yo he dicho esto: creo que el equipo de tres es menos fuerte que el equipo de dos o el equipo de uno. Lógico,

¿no? Que quede claro: para los demás era una cuestión de interés. Para mí es una cuestión de prestigio. Si Goddet y *L'Équipe* quieren negociar conmigo, yo estoy a su entera disposición.

Bartali estaba desolado:

—Un mazazo. Estábamos de acuerdo. Había ido a la ANCMA para discutir con Fausto y con Fiorenzo sobre los gregarios. Nada más. De verdad, solo me he llevado una impresión: que Coppi no me quiere en el equipo. Yo hubiese ido con dos o tres capitanes. Sea como fuere, si Goddet quiere negociar, las puertas de mi casa siempre estarán abiertas.

En definitiva, Gino repetía el discurso de Fausto. Pero ¿Magni?

—Creo que no he abierto mucho la boca. No he provocado disputas. Me hubiese gustado ir al Tour. El número de capitanes no me suponía un problema. No me esperaba esta bomba. Había que discutir la cuestión de los gregarios. Ahora todo se ha venido abajo. Si *L'Équipe* pone condiciones, las analizaré.

Aquel día la radio había transmitido el comunicado de la Federación a las 20 horas. El gran público del hipódromo de Vigorelli aún no sabía nada. Se enteraría al día siguiente, al leer la prensa. Y al día siguiente, Coppi, Bartali y Magni corrían en Roma, en el velódromo de Appio.

Desde París, Goddet insistía. Había enviado a Milán a Claude Tillet para que abordara a Coppi en Recanati (próximo encuentro en la pista) y en Ferrara. Dado que Bartali no

podía formar parte de una unidad internacional y dado que estas formaciones acogían solo a corredores de federaciones no representadas en el Tour por un verdadero equipo, Goddet apostaba por un equipo fuerte con Coppi y con Magni.

Gianni Brera decidió atajar el problema. Convocó a Rodoni y a Binda en una tabernita milanesa. Invitación que extendió a Zambrini (equipo Bianchi) seguramente para provocar a Quintavalle (equipo Legnano), que como deportista callejero, además de jefe, no podía no estar con Bartali.

Aquello sí que era gran periodismo deportivo. Brera reinventaba el *pays*: descubría la fisionomía moral y humana del ciclismo.

11 de junio. Patio de una taberna en una calle excéntrica. Travesaños de casas viejas crean el característico ambiente de la Milán más popular, tal como la imaginó Bertolazzi en la famosa comedia *La gibigianna*. Un oasis de silencio. Estamos sentados, con Rodoni y con Binda, en torno a una mesa que seguía lista. Rodoni está visiblemente preocupado; Binda, incluso enfurruñado por la escena de la ANCMA. Con labor dialéctica, tratamos de encaminar a los dos dirijentes hacia el tema que nos preocupa. Rodoni lo aborda dando rodeos. Recuerda el acercamiento con Zambini, su propuesta inaceptable de designar a Binda como director deportivo del equipo no oficial. Francamente, Rodoni no es capaz de ir al grano del embrollo que se ha montado

en torno a Coppi: ¿quién le ha hecho cambiar de opinión tan rápido? Desde luego, Zambrini no, quien, después del Giro de Emilia, le dijo con total confianza que, como deportista, no como empresario, había quedado sinceramente sorprendido por la hazaña (¡increíble para él!) acometida por Bartali.

«A propósito del mencionado Bartali», Rodoni refiere la última noticia. Ayer por la mañana, en la estación, cuando acompañaba a su mujer y a su nuera a tomar el tren para la playa, se encontró con Bartali y con su esposa. Gino lo saludó e, inmediatamente, adoptó su característica actitud polémica.

—Presidente —dice Bartali—, ayer nos dijo que nos calláramos y yo me callé. Hoy no. Hoy yo también hablo. Dígame, con sinceridad, si no tengo razón. ¿Me merecía esa humillación? Partía como gregario, dispuesto a ayudarlo en todo, porque llevo el Tour en la sangre. Estábamos de acuerdo. Nada hacía presagiar este final.

Bartali, como se sabe, atrae a gente. Rodoni se inquieta y corta por lo sano. Observa a Magni, jadeante: no se atreve a interrumpirlo. Mira también a Coppi. Completamente desganado, se divierte pensando en la idea de que los tres maillots amarillos del ciclismo italiano, tras la escena del día anterior, viajan a Roma en el mismo tren.

Rodoni está preocupado por cómo están yendo las cosas: ¿qué responsabilidad asume Coppi? ¿Cómo acogerá su gesto la opinión pública? Y si, ofendido por las ardientes polémicas, Coppi no fuese al Tour, ¿quién podría igualarlo

en el plano deportivo? ¿Quién podría ganar el Tour sin Coppi?

Preocupaciones lógicas en un dirigente apasionado, e incluso prudente, como Rodoni.

Binda revive en su relato algunas de las fases más polémicas de la sesión de la ANCMA: cuando leyó el equipo y cuando Coppi precisamente, y no fue el único, discrepó sobre *Ciro Bianchi*. El experimento de *Sciardis*, en el 51, no había sido fácil, ¿por qué volvían a intentarlo con *Ciro Bianchi*? El experimento de *Sciardis*, observa Binda, no había sido feliz, sino felicísimo. Y, por otro lado, carga *Rodoni*, los corredores italianos en el extranjero tienen que recibir una demostración tangible de nuestro cariño. *Bianchi* se halla, nada más y nada menos, que en la misma situación que Binda en 1921; uno que se dedica honores: quién sabe si no volverá a ganar algún campeonato del mundo... «Es un escalador, como Binda, un escalador velocista...»

Mientras esperan a *Zambrini*, una pregunta canalla anuncia su llegada: ¿qué equipo habría formado Binda si *Bartali* hubiese renunciado a su candidatura?

—El siguiente —dice Binda—: *Coppi*, *Magni*, *Bianchi*, *Pezzi*, *Padovan*, *Vincenzo Rossello*, *Martini*, *Milano*, *Carrea*, *Crippa*, *Franchi*, *Barducci*. Reservas: *Salimbeni*, *Baronti* y *Baroni*.

Precisamente sobre estos gregarios tendrían que haber discutido anteayer, e incluir, claro está, a *Bresci* y a *Corrieri*, hombres de *Bartali*. *Coppi* explotó ávidamente, fruto de un estado anímico largamente acumulado.